

César Pérez Gellida

A grandes males

REFRANES, CANCIONES Y RASTROS DE SANGRE III



CONSPICUA

SUMA
de libros

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mis padres, por todo eso que nada parece y
que todo es*

«Cuando el infortunio encuentra una víctima
solo la muerte es afortunada».

RAMIRO SANCHO,
Inspector del Grupo de Homicidios de Vallado-
lid

PERSONAJES

Personajes principales:

Ramiro Sancho: Inspector de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Erika Lopategui. Doctora en Psicología.

Ólafur Olafsson. Excomisario de policía de la Brigada de Homicidios de Reikiavik.

Robert J. Michelson, «*Flegias*». Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.

Alcides Edgardo Bujalesky. Dantista reconocido y experto en masonería.

Telmo. Encargado de mantenimiento del Palacio Barolo.

La estatua de mármol. Arcángel Gabriel de la Congregación de los Hombres Puros.

Corteza de Roble. Gran Maestro de la Congregación de los Hombres Puros.

Vlade Ilić. Arcángel Miguel de la Congregación de los Hombres Puros.

Personajes en color sepia:

Matthew J. Michelson, «*Cepheus*». Guardián de la Gran Logia de los Puros.

Mario Palanti. Arquitecto responsable de proyectar la construcción del Palacio Barolo.

Luis Barolo. Empresario responsable de financiar la construcción del Palacio Barolo.

Conde Colli di Felizzano, «*Flegias*». Custodio de la Gran Logia de los Puros.

Ciacco. Gran Maestro de la Gran Logia de los Puros.

Otros personajes:

Sara Robles. Inspectora de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Azubuike Makila. Inspector general de la Interpol.

Vincent Dare. Oficial de policía de la *National Agency for the Prohibition of Trafficking in Persons* (NAPTIP).

Carlos Alfredo Ramírez. Excomisario de la policía de la provincia de Misiones.

Martín. Joven vecino de Villa 31.

Sebastián Aranda. Funcionario en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Jorge Aguayo. Miembro de la banda de los Sampedranos.

Minotauro. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.

Anteo. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.

Pluto. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.

Gerión. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.

Efiartes. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.

Caronte. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.

Nasidio. Custodio de la Congregación de los Hombres Puros.

Justo. Guía turístico en el Perito Moreno.

Mario. Guía turístico en el Perito Moreno.

Sergio. Conserje del Palacio Barolo.

Karatu. Dogo argentino.

Ainara. Camarera del restaurante Milagros.

Luis. Encargado del Zero Café.

Paco, «Devotion». Pincha del Zero Café.



PRÓLOGO DE DOLORES REDONDO «VALLADOLID»

Valladolid. Llovía. Desde la cristalera del restaurante podía ver que el viento amenazaba con llevarse la carpa acristalada donde daríamos la rueda de prensa. Frente a mí, un tipo calvo y atlético que insistió en comerse el pescado sin salsa. Yo le firmé *El guardián invisible*, el me firmó *Memento mori*. Reproduzco aquí su dedicatoria:

29-IV-2013

Para Dolores, admirada compañera. Es un placer y un privilegio compartir este comienzo contigo. Te auguro un futuro cojonudo. Estamos obligados a mantener el contacto. Besos. César.

Con cada novela de César han ido desapareciendo las dudas que pudiera albergar sobre su capacidad visionaria. Del augurio no voy a decir nada, pero la sentencia, la obligación de mantener el contacto, se ha revelado en una sólida amistad cimentada en aquel comienzo común, basada en la admiración, el respeto y en la suerte loca que ha hecho que nuestras familias se caigan bien y encajen en gustos musicales y culinarios, que nos "obligan" a encuentros, ya institucionalizados, en torno a la mesa, el vino y el mar.

Cuando leí *Memento Mori* pensé que era un tipo talentoso, trabajador y apasionado de la escritura. Me gustó desde el principio, porque entre todas las peculiaridades y tormentos de un escritor, admiro el espíritu, la pasión por lo que se hace y esa especie de fiebre que domina al que crea desde dentro, esa hambre y esa sed que solo se sacia

temporalmente escribiendo. Una suerte de rabia que te despierta de madrugada, que no te deja dormir. Creo que de insomnios, César y yo, sabemos un poco.

Cuando llegó la segunda novela, *Dies irae*, me pareció soberbia, y desde entonces no he dejado de quitarme el sombrero con cada libro y ante uno de esos autores que casi asusta por su poderosa narrativa y el dominio que ejerce sobre ella, un dominio que los que nos dedicamos a esto distinguimos y codiciamos. Al contrario que con otros autores, a los que descubres y en los que aprecias su evolución en cada libro, César Pérez Gellida me ha producido siempre la sensación de hallarme ante un grandioso prestidigitador, alguien que controla cada pase desde el génesis, desde aquel *Memento mori* germinal. Y cuando decide mostrarte más, te das cuenta de que no es que haya aprendido, de que no estás viendo una evolución, que el muy cabrón tenía esos ases desde el principio, y no en la manga. Te los ha mostrado, los ha paseado ante tus ojos distrayendo tu atención como solo un mago sabe hacerlo; que no es solo un buen jugador, que es un maestro. Domina la técnica, la dosis exacta, la medida del lector. Rabioso, feroz. Siempre me pregunto por qué no ha ganado ya todos los premios de novela negra de este país. La respuesta está unas líneas más atrás.

Sé que se espera que diga que con *A grandes males* nos encontramos ante la mejor novela de César Pérez Gellida, que ha alcanzado unas cotas, respecto a estructura y contenido, que no había tocado en sus anteriores novelas. Sin duda esta segunda trilogía nos conduce a un nivel superior, subyace el objetivo claro de escapar de la estética del homicidio como eje principal de la novela negra logrando que el componente de investigación de un asesinato no sea lo único que justifica una novela. *Sarna con gusto* tiene una trama principal y vertical sobre un secuestro, y al mismo tiempo esboza otra horizontal que es la que va creciendo en *Cuchillo de palo* (cuya trama vertical se centra en la evolución del personaje de Sancho) y desemboca en *A grandes males* como único argumento.

Decir que esta es la mejor novela que César Pérez Gellida ha escrito hasta la fecha sería injusto, como injusto sería calificar de superior el número final de un artificio, de una prodigiosa puesta en escena que culmina en una magistral conclusión. Alcanzar la cumbre no tendría objeto si careciese de la aspiración de hacer algo extraordinario, de no estar cimentada sobre la cuidadísima estructura que a cada paso ha ido componiendo el autor. Leerlo es como escalar los niveles del emblemático palacio Barolo de Buenos Aires, diseñado y construido por la masonería con el propósito de albergar los restos de Dante y que el autor introduce con acierto en la trama. ¿Tendría objeto una cúpula sin cimientos? ¿No es tan importante la primera piedra como la última? Tengo la certeza de que el propósito que movió a los masones, desde el principio del proyecto hasta su cúspide, es el mismo que guía a Gellida en su obra, y me produce la misma sensación, la de hallarme ante la culminación de un misterio que el autor ha ido haciendo crecer ante mis ojos y que alcanzo a ver ahora, en toda su plenitud.

Aclarado esto, creo, entre tú y yo, lector, que estamos ante la mejor novela que César ha escrito hasta la fecha y, aunque suene un poco elitista, opino que, en manos de otro autor, esta obra habría quedado al alcance de muy pocos por su estructura y contenido. De mayor dimensión literaria, un ejercicio de equilibrio al borde del abismo sobre el que se tambalea la feroz condición humana, entretejida en dosis perfectas y terroríficas con una ficción tan vibrante, analítica, predictiva, e intuitiva de la realidad que subyace tras las noticias que leemos a diario en la prensa y que, solo a algunos, nos lleva a afianzarnos en la opinión de que hay mucho más detrás de lo que alcanzamos a ver.

Disfrutemos.

DOLORES REDONDO



INTROITO

En los albores del siglo xx, el primer mundo había pisado el acelerador de la industrialización convencido de que las naciones vencedoras de aquella agónica carrera serían las que se repartirían los futuros recursos del planeta. Con el fin de afrontar el reto, los gobiernos de las grandes potencias reclutaron a sus conciudadanos más preparados en todos los ámbitos del conocimiento.

Muchos de ellos eran masones.

Este período crucial de la historia es considerado por muchos la edad de oro de la masonería, dado que su influencia desde las sombras llegó a superar la que ejercían otros poderes fácticos sobre el Estado, como eran la Iglesia, la banca o las oligarquías aristocráticas. Y si se puede hablar de un país en el que la supremacía de la masonería era más que patente, ese fue Argentina, por aquel entonces una de las economías más fuertes y con más posibilidades de desarrollo.

En este contexto histórico y en el citado escenario tuvo lugar un hecho insólito que ha suscitado multitud de preguntas que todavía hoy carecen de respuesta. Se trata de la construcción de dos rascacielos gemelos en Buenos Aires y en Montevideo que debían comunicarse a través de sendos faros que coronaban sus más de cien metros de altura. Los dos proyectos fueron desarrollados por Mario Palanti, un prometedor arquitecto milanés influenciado por la imaginaria de Dante y muy bien relacionado con la masonería, como lo estaban los dos exitosos empresarios, también de

origen italiano, que financiaron ambas construcciones. Los patrocinadores Luis Barolo y José Salvo lograrían asociar sus apellidos a tan augustos edificios, pero tristemente ninguno de los dos disfrutaría en vida de ello, dado que tanto el uno como el otro encontrarían una muerte prematura en extrañas circunstancias.

Los hechos que a continuación se narran contienen algunas de esas respuestas basadas en datos reales puestos al servicio de la creatividad del autor. Por tal motivo, esta historia debemos considerarla dentro del ámbito de la ficción.

Aunque bien podría ser cierta.



VIVIR ETERNAMENTE EN EL RECUERDO O VI- VIR CONDENADO AL OLVIDO

*Residencia de Luis Barolo
Calle Perú, 1363. Buenos Aires (Argentina)
14 de junio de 1922*

Con la atención puesta en el plano de la sección vertical de su imponente obra, Luis Barolo no dejaba de repetir la frase con la que se despedía Cepheus, su guardián, en la misiva que le habían enviado esa misma mañana.

«Vivir eternamente en el recuerdo o vivir condenado al olvido».

El hecho de poder elegir ya era de por sí un privilegio. Una prebenda por la que tenía que decidir si pagaba su precio.

La tarde languidecía serena. Las bajas temperaturas habían provocado una reducción considerable de la vocería que caracterizaba un barrio tan escandaloso como el de San Telmo, en el que la actividad cotidiana era directamente proporcional a la altura que alcanzara el mercurio en el termómetro. La escasez de luz era una invitación a accionar el interruptor de su recién instalado servicio doméstico de electricidad, solo al alcance de bolsillos aventajados como los suyos. El filamento de la lámpara se fue contagiando de incandescencia para bañar el documento de una amarillenta nitidez. Su mirada avanzó siguiendo el trazado de las líneas que convergían en la cúpula proyectada por Mario Palanti, cuya inspiración bebía de la del templo Rajarani de

Bhubaneshwar. El voluptuoso diseño era una metáfora de la red invisible que atrapa las vidas de los necios y los incautos.

Pero ese no era su caso.

Porque ningún necio tiene un lugar reservado en los libros de historia; ningún incauto logra que su apellido trascienda al paso del tiempo. Esos eran los argumentos con los que intentaba justificar la idea de quitarse la vida, tal y como le estaban ordenando hacer.

La segunda fosa del séptimo círculo del infierno le estaba esperando.

Con cincuenta y tres cumplidos, el bagaje de Luis Barolo no podía ser más brillante, habida cuenta de la forma en la que había llegado al nuevo continente hacía treinta y dos años. Era entonces un inmigrante italiano procedente del Piamonte que buscaba al otro lado del Atlántico lo que no había sido capaz de conseguir en su tierra natal. Otro más. Arrancar no le había resultado nada sencillo. Los primeros meses de estancia le hicieron concluir que la distancia entre la realidad y los sueños era aún mayor que la que había recorrido a bordo de aquel transatlántico. Así y todo, resistiéndose a ser derrotado por el desánimo y tras entender las normas sobre las que se cimentaban los prósperos negocios en Argentina, se dispuso a poner los primeros ladrillos del suyo. Para ello lo primero que hizo fue contactar con el nutrido círculo de compatriotas que habían logrado establecerse con éxito en Buenos Aires. Muy a su pesar, no valía con estar bien relacionado, tenía que formar parte de él, y para ello contrajo matrimonio con Luisa Molteni, hija de un hombre de negocios consolidado en el país que le ayudó a abrir las primeras puertas del sector textil, industria que estaba despegando en Sudamérica. Luis Barolo no tardaría en percatarse de que la pertenencia a la élite no bastaba para competir con otras empresas más arraigadas, por lo que resolvió que debía diferenciarse del resto implantando nuevos métodos de producción. La oportunidad le surgió cuando oyó hablar por primera vez de las máquinas hiladoras de lana peinada, unos ingenios con los que cata-

pulsaría su nombre a lo más alto. Solo había un problema: necesitaba financiación. Disponía de la iniciativa y los contactos en la vieja Europa para importar tejidos de calidad, pero sin el capital para invertir en maquinaria todo quedaría reducido a una compañía más con altas pretensiones y nulas posibilidades de crecer. Con tal empeño como carta de presentación, el empresario acudió a las entidades bancarias más importantes primero y a las emergentes después, pero en el mejor de los casos, cuando conseguía convencer a aquellos que poseían los dólares, le imponían unas condiciones leoninas que le condenarían a trabajar toda una vida solo para devolver los intereses con los que gravaban el préstamo.

Sus últimas esperanzas se hundían en el Río de la Plata cuando apareció él.

Se hacía llamar Cepheus, tenía marcado acento británico y decía representar a un grupo cuyo nombre no le desveló. Poco le importaba a Barolo el misterio cuando aquel hombre traía bajo el brazo el doble de la cantidad que venía mendigando a los bancos. Dos únicas condiciones: devolver el montante en un plazo no superior a veinte años y formar parte de la organización. Esa fue la primera vez que escuchó pronunciar su nombre: Gran Logia de los Puros. Ingresar en una orden masónica no suponía ningún inconveniente, habida cuenta de que él ya tenía contacto directo con el tejido masónico por mediación de su suegro. El acuerdo se oficializó al estampar su rúbrica en el folio que le correspondió de El Cartapacio de Minos, donde aceptaba cumplir los preceptos dispuestos por la hermandad en el *Novem Regulas*. Inmediatamente recibió los cuatro millones de pesos, con los que no solo pudo comprar aquellos maravillosos artilugios de factura alemana, también le alcanzó para adquirir unos terrenos en El Chaco donde producir su propio algodón y así dejar de depender de la costosa importación de materia prima. En cinco años triplicó sus beneficios y el único requerimiento que tuvo que atender de sus nuevos hermanos consistió en completar el primer grado de iniciación para convertirse en centinela. A

partir de ese momento, de manera periódica, Cepheus le hacía entrega de importantes sumas que debía incluir en sus libros de contabilidad antes de depositarlas en distintas entidades.

Nunca preguntó por qué ni para qué.

En 1910, durante la celebración de la Exposición del Centenario de la Revolución de Mayo, Cepheus le citó en el pabellón italiano para presentarle a la persona con quien iba a emprender un proyecto que Luis Barolo y Cía. debía costear con la cantidad adeudada. Su nombre era Mario Palanti, un talentoso y joven arquitecto milanés con un futuro más que prometedor y un presente comprometido con la Gran Logia de los Puros. El elegido por Cepheus para ser el compañero de viaje de Luis Barolo era un iniciado con el grado de aprendiz en la logia masónica Fratelli Bandiera de Milán, por lo que, *a priori*, su perfil personal y profesional encajaba como un guante en lo que el guardián andaba buscando.

No tardaría en arrepentirse.

La empresa que Luis Barolo y Mario Palanti debían poner en marcha consistía en la construcción de un imponente edificio que rivalizara con los rascacielos que empezaban a levantarse en Nueva York y Chicago, las únicas urbes que, en el amanecer del nuevo siglo, podían hacer sombra al esplendor de Buenos Aires. Una construcción de estilo inclasificable lejos del entendimiento arquitectónico del empresario, pero muy cerca de su visión empresarial, dado que solo tenía que encargarse de administrar un montante que, en realidad, ni siquiera le pertenecía. Otro negocio redondo.

En las sucesivas reuniones que mantuvo con Mario Palanti, este le expuso las líneas maestras de un diseño que estaba llamado a convertirse en la edificación más alta e imponente de toda Latinoamérica. Esto ya suponía un reto a la altura de las expectativas de Barolo, pero, en la medida en la que fue creciendo la confianza entre ellos y el arquitecto le fue desgranando el verdadero propósito que tendría el edificio una vez terminado, el proyecto fagocitó todo lo demás.